

CUARTA DECIMOCTAVA

Un alumno de quinto, de Condorcet.—Almuerzo de hombres solos.—Algunas ideas de un colegio moderno, de edad de doce años.—Los negocios.—Sondajes en la erudición de Noel.—Mi ideal de cultura.—Las lenguas muertas.—No enseñéis antes de los doce años más lenguas que el francés y el latín.

Tú estabas presente, querida Francisca, cuando la semana pasada, en tu casa, donde habíamos comido, me dijo tu cuñada Lucía:

—Puesto que estas cosas de enseñanza que a mí tanto me molestan, a usted, en cambio, le apasionan, voy a pedirle un favor más.

Y acto seguido, arrastrándome a un aparte que te intrigó, me dijo las inquietudes que le causa su hijo Noel, que tiene diez años y estudia quinto año en el liceo Condorcet. Noel es chico alegre, de un egoísmo amable, que no carece de ingenio, y que tiene ya las maneras de un joven elegante; no es nunca el último de su clase, aunque tampoco ha conseguido ser ni de los de la primera mitad. Además, no estudia nunca, y los éxitos de colegio le tienen sin cuidado. Es, sobre todo, aficionado al sport: foot ball, automovilismo, aviación.

Lee diariamente «El Auto», único periódico autorizado en los liceos. Y su madre sospecha que apuesta en las carreras.

—No es que yo aspire a que sea un genio (me decía ella), ni a que se extenúe sobre los librotes... Pero me gustaría que demostrase afición a otras cosas que no fuesen de las que trata «El Auto». Tiene ya la edad en que, según los programas, debe elegir entre la enseñanza clásica y la moderna. Bueno, pues no hay manera de hacerle decir lo que prefiere. Griego, latín, matemáticas, todo eso parece importarle menos que el chino. ¿Qué hacer, amigo mío, qué hacer?

—¡Caray!—repliqué—. Pues no sé. Y sobre todo, no sé lo que pueda hacer yo.

—Yo quisiera—repuso Lucía—que usted le interrogase... sólo una vez, no tenga miedo. En veinte minutos conocerá usted el fondo de su ciencia. Y, como usted le impone mucho más respeto que su padre y que yo, quizás se decida a revelar sus aptitudes.

Accedí y dije a Lucía que me mandase un jueves a su hijo a comer conmigo, sin amenazarle con examen ni cosa parecida.

Por lo general, yo me entiendo muy bien con Noel, precisamente porque nunca le hablo de estudios. ¿Para qué? En el colegio está sometido a un sistema de enseñanza que yo encuentro, si no malo, al menos tan débil e ineficaz que todas mis reflexiones no cambiarían en nada los resultados. Además, a los doce años ya hay mucho de irreparable en la educación de un niño. Partiendo de esa base, yo me guardo muy bien de enseñar nada a tu sobrino; soy yo, por el contrario, el que aprende con él.

La comida, frente a frente con este colegial bien vestido, bien peinado, con la corbata impecable y los dientes y las manos perfectamente cuidados, empezó, pues, en un tono amigable. Llegó a ser alegre cuando Noel, que ya se lo sospechaba, se convenció de que yo no iba a martirizarlo. Entonces se sintió a sus anchas, dijo todo lo que le pasó por la cabeza y habló de sus padres, de los maestros, de los programas con una desenvoltura encantadora. No me disimuló su convicción de que todos los estudios que le imponían no tenían el menor provecho para la vida práctica. Lo práctico es, según él, ganar dinero sin molestarse mucho... Por ejemplo, hacer negocios. Pronunció la palabra negocios con cierto respeto; la entiende muy bien debido a que tiene por compañeros preferidos al hijo de un agente de cambio y al del director de una gran casa de banca, los dos mayores que él. Está resuelto a no separarse de ellos cuando salga del colegio, y cuenta con utilizarlos para penetrar en ese mundo donde se gana el dinero. Yo tengo el presentimiento de que por ese camino no perdería ni su tiempo ni su esfuerzo, con la condición, claro está, de no molestarse.

Yo no cometí la ingenuidad de oponer a tan grandes designios las bellezas de Teócrito o de Horacio, ni las austeras maravillas de la geometría... Incidentalmente, hice desviar la conversación hacia la literatura. Noel conocía de nombre y de vista a todos los actores y actrices de París, comprendidos los de Café-Concierto. Su erudición sobre esa materia me confundió. Los autores dramáticos y los novelistas modernos de éxito le eran ya menos familiares. Por otra parte, sin haberle interrogado expresamente, comprobé que las asociaciones de las sílabas siguientes: Hesiodo, Milton—Juan Jaco-

bo Rousseau—general Chanzy, proferidas por mí en el curso de la conversación, no tenían ningún sentido preciso para mi joven convidado. Como yo le he conocido cuando aún vestía falditas y no hablaba más que inglés con su miss, proseguí bruscamente la conversación en este idioma. No intentó siquiera responderme y declaró lealmente que lo había olvidado todo desde que aprende en el colegio el alemán. Ahora, que en alemán tampoco sabe nada, porque no enseñan bien.

—Además, los idiomas extranjeros se aprenden en los respectivos países, ¿no le parece a usted? Con seis meses en una casa de Banca de Londres y otros seis en una de Berlín, charlaré en inglés y en alemán como un intérprete de la agencia Cook.

Me guardé muy bien de contradecirle, tanto más cuanto que pienso como él.

Habíamos terminado de almorzar y tomábamos el café cuando vi a mi huésped mirar atentamente un grabado del siglo XVIII que hay en la pared de mi despacho; representa unas mujeres extrangulando ovejas. Debajo hay la inscripción siguiente:

Sicut tonle oven, sic nos quoque Femina tondet. Nobis tondet opes, vellera tondet ovi.

—¿Qué te parece esa máxima?—le pregunté.

Enrojeció un poco, pero se decidió enseguida a responder.

—La verdad, tío, no entiendo nada...

—Sin embargo, ¿hay ahí palabras que comprendes?

—Sí. «Tondet» debe querer decir, «torcer». Y, «Femina»... es... es... ¿una revista?

Te aseguro, Francisca, que no exagero nada.

Hace dos años que Noel empezó el latín, y eso es todo lo que sabe.

* * *

Pues bien, mi encantadora sobrina, yo no quiero que mi sobrinito Pedro sea a los doce años la réplica de su primo Noel. Y me apenaría también que, habiendo yo contribuido a la educación de Simona, fuese a los doce años la repetición femenina de su hermano.

Como mi ideal de educación es formar seres que no sean únicamente útiles elementos sociales, sino también reflejos momentáneos de la belleza universal—belleza de las cosas, belleza moral, belleza del espíritu—, quiero que Pedrito y Simona reciban una profunda y amplia cultura, convencido de que por ahí les aseguro los medios de engrandecer y enriquecer su vida. He ahí por qué les enseñaré las lenguas muertas, persuadido de que una infancia bien dirigida contiene el tiempo necesario para ese aprendizaje.

—¿También a Simona?

—También a Simona. Repasa, querida Francisca, las cartas que te escribí durante tu último año de estudios en el Instituto Berquin. De entonces acá, no he cambiado de parecer.

—Pero las lenguas clásicas exigen una enormidad de tiempo; se llevan toda la adolescencia de los muchachos. ¿Para saber leer a Horacio en el texto de Xenophon, quiere usted que ignoren los idiomas extranjeros y las matemáticas? ¿Cómo se preparan entonces para las carreras? ¿Cómo se examinan?...

—La manera más detestable de instruir a un

muchacho, es instruirlo para que apruebe el examen. Cuando la cultura general del alumno es buena, el examen se prepara en tres meses.

Muchas veces te he dicho, querida Francisca, que no se debe enseñar al alumno más de lo que debe, de lo que puede razonablemente retener. Tampoco habrás olvidado la doctrina de la «precisión»; voy a repetírtela (1).

Es casi diametralmente opuesta a la de los colegios contemporáneos, en los que la imprecisión es la regla y en los que se ha sustituido—en historia, por ejemplo— la enseñanza de las «consideraciones» por la enseñanza de las «realidades»... Pero un punto que no he tratado detalladamente es el de la enseñanza de las lenguas muertas, sobre todo el latín. Voy a decirte ahora cómo quisiera yo que se enseñara el latín.

Cuando se trata de una lengua viva, se admite hoy que hay que empezar por el vocabulario, sin preocuparse de la gramática. Max Nordeau, uno de los políglotas más admirables que he conocido, me decía en una ocasión: «Un alemán debe aprender el francés como los niños franceses, sin haber visto nunca las palabras escritas. Sólo así pronunciará regularmente e instalará en su inconsciente todas las particularidades de la lengua.»

Cuando se trata de una lengua que no se habla, claro está que el acento, bueno o malo, no tiene importancia. Pero la virtud misteriosa de la enseñanza de viva voz, por palabras pronunciadas y oídas, por la palabra contenida en una frase que

(1) Véanse las primeras «Cartas a Francisca»

significa algo real, «algo que toca el que oye», no debe por eso suprimirse. Aquí está aplicado al estudio de las lenguas el principio fundamental de no enseñar nada «en el aire». Si abres ante un niño de diez años una gramática de latín, es hacerle odioso el estudio de esa lengua. Si, por el contrario, le hablamos en latín, empezando por decirle cosas muy sencillas y después, poco a poco, más complicadas; si hacemos que nos comprenda y nos responda antes de haberle presentado libro alguno, el niño participa «directamente» de la lengua que está aprendiendo y que no se le presenta como una especie de fantasma de lengua, que no está relacionado con la realidad.

No tengo necesidad de que me adviertan que el que un alumno sepa comprender, escribir y hablar el latín, como un niño educado por un aya inglesa entiende, habla y escribe el inglés, es de todos modos insuficiente, puesto que el latín hay que saberlo analítica, científica y literariamente.

Pero afirmo que no hay preparación más pronta ni más profunda para el estudio analítico, científico y literario del latín (como para cualquier otro idioma) que empezar por comprenderlo y hablarlo correctamente. Digan lo que digan los rutinarios, este modo de enseñanza, aplicado al latín o al griego, da unos resultados prodigiosos.

Principios.

I Si se pretende dar una cultura completa a un alumno francés, niño o niña, la primera lengua extranjera que debe enseñársele en cuanto el francés le es familiar, es el latín.

II Hay que enseñar el latín a los niños como si fuese una lengua viva.

III No hay ninguna razón—empleando los mismos métodos para las dos lenguas—para que un niño de doce años no entienda y hable el latín usual como un contemporáneo suyo habla y entiende el alemán usual, que es más difícil.

Entonces podrá empezar útilmente y con rápidos adelantos el estudio analítico, científico y literario del latín.

No vayas a creer, querida Francisca, que estas ideas son quiméricas e irrealizables en la práctica. Así fué como se aprendió el latín en Francia (y en todas partes), cuando el latín era verdaderamente conocido por todas las personas cultas. El cambiar de método en la enseñanza es debido, entre otras causas, a que pocos profesores pueden hablar en latín a sus discípulos. Lo que hay que hacer es elegir a los que lo hablen y descartar a los otros. ¿Crees tú que Bossuet y Fenelón no supiesen hablar latín? Y sin tratarse de los Bossuet ni de los Fenelón, puedo asegurarte que los modestos religiosos con quienes estudié yo las humanidades, hablan latín: es más, era la única lengua de que nos servíamos en la clase de filosofía. Por eso hicieron de nosotros medianos latinistas.

Todo lo que digo del latín se refiere igualmente al griego. Pero «saber» el griego no es indispensable, y yo creo que no debe aprenderse hasta después de los doce años.

—¿Y las lenguas vivas?

—Voy a hacer chillar un poco más a los pedagogos. Hasta que tengan doce años no enseñaré a Pedro ni a Simona «ninguna lengua viva». Hasta

entonces basta el latín, puesto que contiene las formas de construcción y de gramática de casi todas las lenguas. He ahí por qué lo juzgo yo primordial.

En mi próxima carta, querida Francisca, que será la última de esta serie, trataré de darte el croquis ideal de un niño de doce años (cuerpo, espíritu y corazón) educado según nuestro sistema.